



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Capitulo XI. De lo que le sucedió á don Quijote con unos cabreros.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



CAPITULO XI.

De lo que le sucedió á don Quijote con unos cabreros.



UE recogido de los cabreros con buen ánimo (1), y habiendo Sancho lo mejor que pudo acomodado á Rocinante y á su jumento, se fue tras el olor que despedían de sí ciertos tasajos de cabra que hirviendo al fuego en un caldero estaban; y aunque él quisiera en aquel mismo punto ver si estaban en sazón de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas aderezaron con mucha priesa su rústica mesa, y convidaron á los dos con muestras de muy buena voluntad con lo que tenían. Sentáronse á la redonda de las pieles seis de ellos, que eran los que en la majada había, habiendo prime-

ro con groseras ceremonias rogado á don Quijote que se sentase sobre un dornajo que vuelto del reverso le pusieron. Sentóse don Quijote, y quedábase Sancho en pie para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pie su amo, le dijo: porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y cuán á pique están los que en cualquiera ministerio della se ejercitan de venir brevemente á ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí á mi lado y en compañía desta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa conmigo que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere, porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que del amor se dice, que todas las cosas iguala. ¡Gran merced! dijo Sancho; pero sé decir á vuestra merced que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comería en pie y á mis solas como sentado á par de un emperador. Y aun si va á decir verdad mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos (2) de otras mesas donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme á menudo, no estornudar ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Así que, señor mío, estas honras que vuestra merced quiere darme por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de mas cómodo y provecho: que estas, aunque las doy por bien recibidas, las renuncio para desde aquí al fin del mundo. Con todo eso te has de sentar, porque á quien se humilla Dios le ensalza; y

(1) *Buen ánimo*, significa aquí *buen talante ó agrado*.—C.

(2) *Gallipavos*, voz compuesta de *pavo* y *gallina*: ahora se llaman pavos.—C.

asiéndole por el brazo, le forzó á que junto á él se sentase. No entendian los cabreros aquella gerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacian otra cosa que comer y callar y mirar á sus huéspedes, que con mucho donaire y gana embaulaban tasajo como el puño. Acabado el servicio de carne tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso mas duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba en esto ocioso el cuerno, porque andaba á la redonda tan á menudo ya lleno ya vacío como arcauz de noria, que con facilidad vació un zaque de dos que estaban de manifesto. Despues que don Quijote hubo bien satisfecho su estómago tomó un puño (1) de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente soltó la voz á semejantes razones:



«¡ Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivian ignoraban estas dos palabras de *tuyo y mio*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios en magnífica abundancia sabrosas y transparentes aguas les ofrecian. En las quebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano sin interés alguno la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedian de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústi-

(1) *Puño* por *puñado*, el continente por lo contenido; lo mismo que sucede cuando decimos *un vaso de agua, un plato de sopa*.—C.

cas estacas sustentadas no mas que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se habia atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecia por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese artar, sustentar y deleitar á los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero en trenza y en cabello, sin mas vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra; y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedra entretegidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban (1) los concetos amorosos del alma simple y sencillamente del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No habia la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interesé, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encage (2) aun no se habia sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no habia que juzgar ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señeras (3), sin temor que la agena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdicion nacía de su gusto y propia voluntad. Y ahora en estos nuestros detestables siglos no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí por los resquicios ó por el aire con el celo de la maldita solicitud se les entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando mas los tiempos y creciendo mas la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes para defender las doncellas, amparar las viudas, y socorrer á los huérfanos y á los menesterosos (4). De esta orden soy yo, hermanos cabreros, á quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que haceis á mí y á mi escudero: que aunque por ley natural estan todos los que viven obligados á favorecer á los caballeros andantes, todavía por saber que sin saber vosotros esta obligacion me acogistes y regalastes, es razon que con la voluntad á mí posible os agradezca la vuestra.

Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien excusar) dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron le trujeron á la memoria la edad dorada; y antojósele hacer aquel inútil razonamiento á los cabreros, que sin respondelle palabra embobados y suspensos le estuvieron escuchando. Sancho asimismo callaba y comia bellotas, y visitaba muy á menudo el segundo zaque, que porque se enfriase el vino le tenian colgado de un alcornoque.

Mas tardó en hablar don Quijote que en acabar la cena, al fin de la cual uno de los cabreros dijo: para que con mas veras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante, que le agasajamos con pronta y buena voluntad, queremos darle solaz y

(1) Decorar unas veces es tomar de coró ó memoria, y otras adornar. Acaso diria el original *declaraban*.—C.—El original ha podido decir *decoraban*, refiriéndose á que decorar significa tambien el espresar una cosa segun esta escrita. En el antiguo método de enseñanza primaria, *deletrear* era ir juntando letras y formando silabas, y *decorar*, leer de seguido.—MARTINEZ DEL ROMERO.

(2) La sentencia del juez voluntaria y caprichosa, desentendiéndose de las leyes.—P.

(3) *Señero*, ó *señera*, quiere decir solo ó sola; son voces anticuadas, que vienen del adjetivo latino *singuli* y de aquí *sendos*, *senos*, *sennos*, *señeros* y *señeras*. Solo, *señero* se decía por lo comun antiguamente.—P.

(4) Casi todos los institutos de las órdenes de caballería se propusieron, ó hicieron jurar á sus profesores esta defensa de los desvalidos. ¿Prometeis, se preguntaba al que recibía la orden de Malta, de favorecer y tener particular cuidado de las viudas, de los pupilos, de los huérfanos y de todas las personas angustiadas? «Prometo de hacerlo, respondía el novicio, con la ayuda de Dios» (*Marquez*, tesoro militar de caballería, fol. 44, b.)—P.

contento con hacer que cante un compañero nuestro que no tardará mucho en estar aquí, el cual es un zagal muy entendido y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer y escribir, y es músico de un rabel (1), que no hay mas que desear. Apenas habia el cabrero acabado de decir esto, cuando llegó á sus oídos el son del rabel, y de allí á poco llegó el que le tañía, que era un mozo de hasta veinte y dos años, de muy buena gracia. Preguntáronle sus compañeros si habia cenado, y respondiendo que sí, el que habia hecho los ofrecimientos le dijo: de esa manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huésped que tenemos, que tambien por los montes y selvas hay quien sepa de música: hémosle dicho tus buenas habilidades, y deseamos que las muestres y nos saques verdaderos; y así te ruego por tu vida, que te sientes y cantes el romance de tus amores que te compuso el beneficiado tu tío, que en el pueblo ha parecido muy bien. Que me place, respondió el mozo; y sin hacerse mas de rogar se sentó en el tronco de una desmochada encina, y templando su rabel, de allí á poco con muy buena gracia comenzó á cantar diciendo desta manera:

ANTONIO.

Yo sé, Olalla, que me adoras,
Puesto que no me lo has dicho
Ni aun con los ojos siquiera,
Mudas lenguas de amoríos.

Porque sé que eres sabida,
En que me quieres me afirmo,
Que nunca fue desdichado
Amor que fue conocido.

Bien es verdad que tal vez,
Olalla, me has dado indicio
Que tienes de bronce el alma,
Y el blanco pecho de risco.

Mas allá entre tus reproches
Y honestísimos desvíos
Tal vez la esperanza muestra
La orilla de su vestido.

Abalanzase al señuelo
Mi fe, que nunca ha podido
Ni menguar por no llamado,
Ni crecer por escogido.

Si el amor es cortesia,
De la que tienes colijo
Que el fin de mis esperanzas
Ha de ser cual imagino.

Y si son servicios parte
De hacer un pecho benigno,
Algunos de los que he hecho
Fortalecen mi partido.

Porque, si has mirado en ello,
Mas de una vez habrás visto
Que me he vestido en los lunes
Lo que me honraba el domingo.

(1) *Rabel*, instrumento músico pastoril de tres cuerdas que se tañía con arquillo. Hoy el Rabel es una caña montada de una bejiga henchida de aire y por encima una cuerda de guitarra.—MARTINEZ DEL ROMERO.

Como el amor y la gala
 Andan un mismo camino,
 En todo tiempo á tus ojos
 Quise mostrarme polido.
 Dejo el bailar por tu causa,
 Ni las músicas te pinto
 Que has escuchado á deshoras
 Y al canto del gallo primo (1).
 No cuento las alabanzas
 Que de tu belleza he dicho,
 Que, aunque verdaderas, hacen
 Ser yo de algunas mal quisto.
 Teresa del Berrocal,
 Yo alavándote, me dijo:
 Tal piensa que adora un anjel
 Y viene á adorar á un gimio.
 Merced á los muchos diges
 Y á los cabellos postizos,
 Y á hipócritas hermosuras,
 Que engañan al amor mismo.
 Desmentila, y enojóse;
 Volvió por ella su primo:
 Desafióme, y ya sabes
 Lo que yo hice, y él hizo.
 No te quiero yo á monton,
 Ni te pretendo y te sirvo
 Por lo de barraganía (2),
 Que mas bueno es mi designio.
 Coyundas tiene la iglesia,
 Que son lazadas de sirgo (3);
 Pon tu cuello en la gamella (4),
 Verás como pongo el mio.
 Donde no, desde aquí juro
 Por el santo mas bendito
 De no salir destas sierras
 Sino para capuchino.

Con esto dió el cabrero fin á su canto, y aunque don Quijote le rogó que algo mas cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba mas para dormir que para oír canciones. Y así dijo á su amo: bien puede vuestra merced acomodarse desde luego adonde ha de posar esta noche, que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el dia no permite que pasen las noches cantando. Ya te entiendo, Sancho, le respondió don Quijote, que bien se me trasluce que las visitas del zaque piden mas recompensa de sueño que de música. A todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respondió Sancho. No lo niego, replicó don Quijote, pero acomódate tu donde quisieres, que los de mi profesion mejor parecen velando que durmiendo; pero con todo eso seria bien, Sancho,

(1) *Primo*, contraccion de *primero* á media noche; al primer canto del gallo.—P.

(2) En castellano antiguo *barragan* es *mancebo*, y *barragana*, *manceba*; el primero se toma en buena parte y el segundo en mala, este tiene la acepcion de *concubina* y aquel de *valiente ó intrépido*.—C.

(3) *Sirgo*, de *sericum*.—P.

(4) La collera coyunda, ó parte del yugo con que los labradores uncen ó casan para el arado las mulas ó los bueyes: y por traslacion la union del hombre y la mujer en matrimonio.—P.

